

Créalo o no lo crea

Por Roland

«Cualquier merendero pasado fue peor». Tácito

A veces le doy marcha atrás a la memoria, ajustando recuerdos que se han ido quedando en el olvido, y sucede que de pronto me encuentro con situaciones reales, ya superadas por suerte, las cuales pueden pasar al álbum de los hechos increíbles de la mejor ficción para un filme de Steven Spielberg.

A mí nunca se me olvidará lo difícil que era comprar una hamburguesa por la cola, llegar a ella y sentir el tibio aroma de la soya bien frita. Era una proeza comparable a un hecho heroico. Ir por la calle con una hamburguesa en las manos nos convertía en una personalidad envidiable. La gente prácticamente no nos miraba: el centro de atención era la hamburguesa.

La hamburguesa llegó a convertirse en patrimonio nacional. Si usted no tenía su carné de identidad actualizado no podía comer hamburguesa. Las colas eran inmensas desde la madrugada, se rompían récords de insomnio.

Todo el mundo con su carné en forma. Al llegar nuestro turno, nos anotaban el número del documento en una larga lista desenrollada hasta el infinito, se fijaban un rato en la foto comprobándola con el natural y lo hacían con experiencia detectivesca, como si nos estuvieran bajando los pantalones delante de todos. De modo que no había forma de llevarse dos, pues la empleada nos copiaba el rostro en su mente y hasta nos conocía cada poro de la piel y me imaginó que también la vida privada.

Era una lucha constante entre el estómago, la poca oferta y el burocratismo.

Los más atrevidos llegaban al extremo de disfrazarse, enriqueciendo así la creación popular para el mimetismo y burlar el férreo control, pero en muy contadas ocasiones lograban el éxito.

En cualquier cola de una hamburguesera podíamos encontrar un disfrazado de tullido, del Zorro, de la Caperucita Roja, de Elpidio Valdés, del Fantasma de la Ópera... así hasta lo no imaginado.



Pero ahí no para la cosa. Lo real maravilloso de esta catedral burocrática creada en las hamburgueseras se presentaba cuando alguien tenía un enfermo o un anciano en su casa y hacía lo imposible para llevarle una hamburguesa al pariente paciente.

Entonces lo indicado, según lo establecían las normas orientadas, era buscar al administrador de la unidad, a quien casi nunca podía verse porque casi nunca estaba, y el usuario comenzaba a narrarle su problema: que la mamá era muy viejita y no podía hacer cola, que en el carné de ella se decía que era una cubanita que nació con el siglo, que la pobre viejecita lloraba por una hamburguesa, y como buen usuario y buen hijo estaba en

la obligación de complacerla en su reclamo, y que «por favor, concédame esa gracia aunque sea una vez en la vida».

Los empleados se abrazaban con lágrimas en los ojos mientras observaban la triste escena.

Pero el administrador era un compañero muy recto y no podía hacer concesiones. Entonces se le ocurrió una idea brillante que motivó el aplauso en la cola, y el hecho tal como lo recuerdo y cuento ha pasado a la historia de la gastronomía.

«Yo le creo lo que usted dice, compañero usuario, pero lo mejor que puede hacer es traerme un certificado médico de su policlínico, firmado por un especialista, donde se compruebe que su mamá no puede hacer cola, quiere comerse una hamburguesa y es una cubanita que nació con el siglo».

Y así fue hace algunos años en un merendero de cuyo nombre no quiero acordarme.

De todas maneras, si quieren me lo creen o no, pero esta fue una experiencia inolvidable que sufrí en carne propia de hamburguesa.

